Carta de Inglaterra

¿Qué puede aportar la obra de Benito Pérez Galdós a un lector educado en la tradición realista inglesa? Ésta es la pregunta que sir Roy Hattersley, *right honourable* parlamentario inglés durante más de veinte años y vicepresidente del partido laborista entre 1983 y 1992, procedió a responder en el aula magna de la universidad de Sheffield el pasado 21 de abril, ante un público de profesores y estudiantes encabezado por el embajador de España en el Reino Unido. Puede sorprender, de antemano, que un político inglés de la talla de Roy Hattersley fuera invitado a dar la primera conferencia anual Pérez Galdós, pero *sir* Hattersley no es un político al uso, o no al menos en el sentido impuesto hace casi veinte años con la llegada de Margaret Thatcher al poder. Novelista, autor de memorias e innumerables ensayos políticos, Hattersley colabora habitualmente con artículos de opinión en *The Guardian* y *The Listener,* periódicos de una izquierda algo más pronunciada de la que representan Tony Blair y su refundado *New Labour.* Hattersley es, en fin, un político de la vieja escuela, de los que han debido pasar en muy poco tiempo de una posición de poder a un papel contemplativo que aún no ha sabido teñirse de cinismo o ironía nostálgica. Más concreta o matizadamente: Hattersley es un laborista de la vieja escuela, lo que en este país de profunda tradición clasista tiene implicaciones de peso. Nacido en Sheffield, muy cerca de la divisoria norte-sur que tanta importancia ha tenido en la reciente historia ecónomica y política de Inglaterra, Hattersley es uno de los últimos eslabones de un activismo proletario que ha dado nombres tan ilustres y polémicos como los de Tony Benn o el mismo Neil Kinnock. Es, en suma, de acuerdo con la lógica cruel y en el fondo anticuada del nuevo liberalismo, un dinosaurio, aunque es preciso convenir que sus poderes de adaptación a los nuevos vientos políticos han demostrado ser superiores a los de otros colegas de rango y de partido. Famoso, entre otras cosas, por su afición a la buena mesa, las últimas elecciones generales han coincidido con su abandono voluntario de la Cámara de los Comunes y su dedicación casi exclusiva a la escritura: sus artículos de opinión siguen siendo algo parecido a un bálsamo para unos lectores (más de los que se piensa) poco convencidos de las bondades o virtudes

de *New Labour,* en especial por el tono conciliador y amable de una pluma educada en la mejor tradición ensayística anglosajona. Es posible que su reciente ascenso a *sir,* otorgado por el gobierno conservador de John Major, haya contribuido a dar un aire de gran señor a sus apariciones en los medios de comunicación, pero muy cerca de la superficie sigue adivinándose al joven inquieto y con aspiraciones que sus queridos Thackeray o Dickens hubieran descrito con precisión insuperable. Corren por las librerías de viejo dos pequeños libritos de la colección Penguin cuyos títulos, *A Yorkshire Boyhood (Una infancia en Yorkshire)* y *Goodbye to Yorkshire (Adiós a Yorkshire)* muestran bien a las claras que sir Hattersley es, en el fondo y en la superficie, un sentimental con su poco de demagogia, y que treinta y pico años de vida londinense no han borrado los recuerdos de una posguerra proletaria.

Una trayectoria semejante, en cualquier caso, no auguraba por fuerza que su repaso de las novelas de nuestro «mejor novelista después de Cervantes», de acuerdo con el folleto conmemorativo, fuera a tener particular interés. Tampoco el hecho de que Hattersley haya mostrado a lo largo de estos años su pasión por la novela realista inglesa (abundan en sus ensayos y sus memorias las disquisiciones sobre la obra de Dickens y de George Eliot, o sobre novelas como *North and South,* de Elizabeth Gaskell, cuyas conclusiones, aparte los elementos folletinescos y didácticos, siguen teniendo una extraña, incluso alarmante, relevancia). Es conocida, lo hemos comentado hace poco en estas páginas, la indiferencia o incluso el desprecio que el público inglés siente por las literaturas extranjeras. ¿Desde cuándo, o cómo, la familiaridad de Hattersley con la obra de Pérez Galdós? Cierto es que, según confesó el todavía parlamentario en su introducción, había aceptado dar la conferencia sin ni tan siquiera saber quién era Galdós o haber leído alguna de sus novelas. Pero el organizador del evento, el catedrático de estudios hispánicos Nicholas G. Round, le había intrigado al definir a Galdós como maestro del realismo español y él, que se preciaba de ser un experto en la literatura realista inglesa, no podía dejar pasar aquella oportunidad de ampliar su campo de conocimientos. Desde las filas de la audiencia daba la impresión de que la mera idea de que la España del diecinueve hubiera producido un escritor realista, no digamos ya un escritor de mérito, provocaba en nuestro buen señor Hattersley un sentimiento genuino y para nada indisimulado de asombro. Al término de la conferencia, fue fácil comprobar que aquel asombro no había remitido.

Durante un año sir Roy Hattersley dedicó sus horas libres a leer en traducción unas pocas novelas de Galdós: *Doña Perfecta, La desheredada, Nazarín, La de Bringas* y, por supuesto, *Fortunata y Jacinta,* única novela de nuestro autor publicada en la colección de clásicos de Penguin, donde tiene a bien engordar la parca representación española (con-

formada por *El Quijote, La Regenta* y un volumen con el *Lazarillo de Tormes* y *El Buscón* donde el nombre de Quevedo aparece consignado en la página introductoria). La experiencia, según confesión propia que repetiría días más tarde en su columna de *The Guardian,* fue desconcertante. Las novelas mencionadas no parecen seguir los criterios realistas de la novela inglesa del diecinueve, al menos en una primera lectura: los diálogos son a menudo forzados, las situaciones inverosímiles o poco habituales, los procedimientos utilizados (alegorías, símbolos, imágenes) poco adecuados en principio a describir con naturalidad y precisión la sociedad de la época. Galdós tiene el atrevimiento, incluso, de construir una novela realista en torno a un personaje que cree haber tenido una visión de Cristo.

Llegados a este punto, quizás no esté de más reproducir la definición que Roy Hattersley hizo de la novela realista: «El requisito básico de la ficción realista es procurar que el lector comprenda cómo se desarrollaba la vida en un lugar concreto en un tiempo concreto». Cabe preguntarse qué hubieran exclamado Dickens o el mismo Galdós, tan lejanos uno como otro de las proclamas teóricas, de haber leído una definición semejante. El político que sigue siendo Hattersley no puede evitar asignar a la literatura un rol utilitario y meramente documental, no lejos del puritanismo y la mala conciencia de los *muckrakers* de principios de siglo, o del prurito didáctico que la posguerra inglesa inoculó en sus nostálgicos. El problema con estas definiciones, claro está, es que cada escritor y cada lector tienen su definición de lector, de vida, de realidad, de tiempo y de lugar: pretender subsumir la narrativa de dos escritoras como Elizabeth Gaskell o George Eliot en un esquema de dos líneas parece ocioso además de inútil. Los libros comparten ciertas preocupaciones comunes, pero el modo en que esas preocupaciones hallan acomodo en la página tiene poco que ver con un patrón preconcebido. Hattersley afirmó algo parecido cuando, después de explicar que las novelas de Galdós sólo pueden ser comprendidas en el contexto de las condiciones socio-económicas de su tiempo (?), reconoció que compartían los requisitos de la novela realista y ampliaban los límites del género. Pero pocos estaban preparados para lo que vino después: si el resultado, añadió, podía parecer irreal, inverosímil o excesivo, esto es debido a la singularidad del tiempo y de la España que le tocó vivir a Galdós. Sus novelas, concluyó, eran el producto de una sociedad irreal en un tiempo irreal. No contento con haberlo dicho una vez, lo repitió, por si cupiera duda de su evidente aplomo o *cheek* anglosajón ante una primera fila atestada de autoridades españolas. Al término de la conferencia, la audiencia de hispanistas y estudiantes no quiso ser menos y aplaudió con elegante entusiasmo.

No es imposible que Galdós, de haber escuchado el homenaje de doble filo de Hattersley, con sus apartes irónicos y su visión crítica de la Espa-

ña del diecinueve, se hubiera sumado al aplauso. Al fin y al cabo, dieciocho años de gobierno conservador y casi cincuenta desde la demolición del imperio han capacitado a los ingleses para hablar de irrealidad, y si de una cosa es imposible acusar a Galdós es de conformismo. Un escritor que a los sesenta años provoca un escándalo con una obra de teatro es una anomalía que sólo puede decir dos cosas, no necesariamente excluyentes: o su escritura no ha perdido un ápice de su poder de subversión, o la sociedad en la que escribe está presa del anquilosamiento. Por algo el escándalo es privilegio de la juventud: al joven se le suponen fuerzas y una cierta inquietud para estar adelante y probar la novedad. Ciertamente, es difícil no estar de acuerdo con el diagnóstico de Hattersley, pese a esa especie de *revival* del espíritu de la Restauración que asoma en algunos miembros de nuestra clase política: muchas de nuestras carencias fundamentales, que podrían resumirse en nuestra falta de cultura democrática y en la ausencia, salvo notables excepciones, de un espíritu laico, liberal y tolerante, tienen su origen en un siglo diecinueve que empezó con mal pie y que no terminó mucho mejor, y no es difícil ver la mayoría de nuestros conflictos recientes, incluida la guerra civil, como frutos tardíos de las convulsiones que la sociedad de la Restauración apenas fue capaz de contener. Nuestro siglo diecinueve fue el siglo de las oportunidades perdidas, de un estancamiento casi definitivo que ha tardado otro siglo en remitir, y del que quizás no nos libremos en mucho tiempo. Que algunos políticos invoquen a estas alturas las figuras de Cánovas y de Sagasta y la memoria de un tiempo que si en algo abundó fue en hipocresía, demagogia y falta de resolución, parece una broma de mal gusto.

Sin embargo, la naturaleza exacta de las relaciones entre las novelas de Galdós y la sociedad de su tiempo es más confusa de lo que sir Hattersley da a entender. Una cosa es que ciertos personajes, como el Villaamil de *Miau,* hayan retenido toda su capacidad de representación y de crítica, y otra muy distinta que Galdós utilizara sus novelas como un espejo o una cámara fotográfica. Las correspondencias no son tan simples como parecen y dan espacio a otras lecturas: la capacidad de exageración y su habilidad para detectar las actitudes grotescas se dan de la mano con un cierto idealismo digno de George Eliot (la pareja compuesta por Doretea y Casaubon en *Middlemarch* es digna de la pluma galdosiana); su poder fabulador, tan ejercitado en algunos *episodios nacionales* como *Cádiz,* va aliada a una tremenda inteligencia narrativa que le permite relatar los entresijos de la historia y dirigir sutilmente las simpatías del lector; su exagerada productividad no excluye los experimentos ni ciertos rasgos de sofisticación narrativa.

En honor a la verdad, hay que aclarar que sir Roy Hattersley no mintió acerca de sus limitaciones ni pasó por alto en ningún momento que el

verdadero motivo de su conferencia era celebrar el primer aniversario de un proyecto editorial que acaso ayude a dilucidar, en un futuro próximo, algunas de estas cuestiones. Creado por el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Sheffield, financiado por la Academia Británica y dirigido por el catedrático Nicholas G. Round y la doctora Rhian Davies, el proyecto Pérez Galdós tiene como fin preparar una edición definitiva de su obra novelística. Partiendo de manuscritos, primeras ediciones, textos inéditos, correspondencia, etc. se pretende realizar un estudio textual que fije de una vez por todas el *corpus* galdosiano. El resultado, que comprenderá tanto la edición en libro como en soporte CD-ROM, incluirá índices, concordancias, listas de personajes y escenarios, e información general de interés para el lector y el estudioso (mapas, estadísticas socioeconómicas, contexto histórico, etc.). Como afirma el folleto publicado con motivo de la primera conferencia anual, «la producción novelística [de Galdós] es, por supuesto, demasiado vasta para ser cubierta por una sola persona, por lo que se considera fundamental crear un clima de colaboración e intercambio con estudiosos españoles o de otros países». Uno añadiría que la producción de Galdós es tan vasta que producir una edición definitiva de su obra puede derrotar la paciencia del más avisado. Por ello, el proyecto Galdós se ha propuesto, como primer objetivo, fijar el texto de las novelas del ciclo de Torquemada, además de iniciar los contactos necesarios con otras universidades y establecer, con periodicidad anual, un ciclo de conferencias dedicado a nuestro novelista. El proyecto, pese a su juventud, tiene ya una envergadura y una proyección decididamente internacional. Dejo al lector atento y al político encandilado con las virtudes de nuestra restauración y satisfecho con nuestro presente la tarea de razonar, desde perspectivas opuestas, porque un empeño de estas dimensiones y características ha sido asumido por una universidad inglesa y no española. Es muy posible que el propio Galdós, con o sin la ayuda de sir Roy Hattersley, hubiera tenido algo que decir al respecto.

Jordi Doce